



En memoria de ALFONSO DE OLIVARES
(Hernani 1898-Madrid 1936)

La moneda líquida

JESÚS J. UNZU IRAOLA

fue un sueño. Pero tanta verdad cabía en lo que vieron mis ojos aquella tarde de agosto, que a punto estuve de seguir el rastro de sus pasos y cruzar la frontera.

Esta es la crónica, tal y como ocurrió.

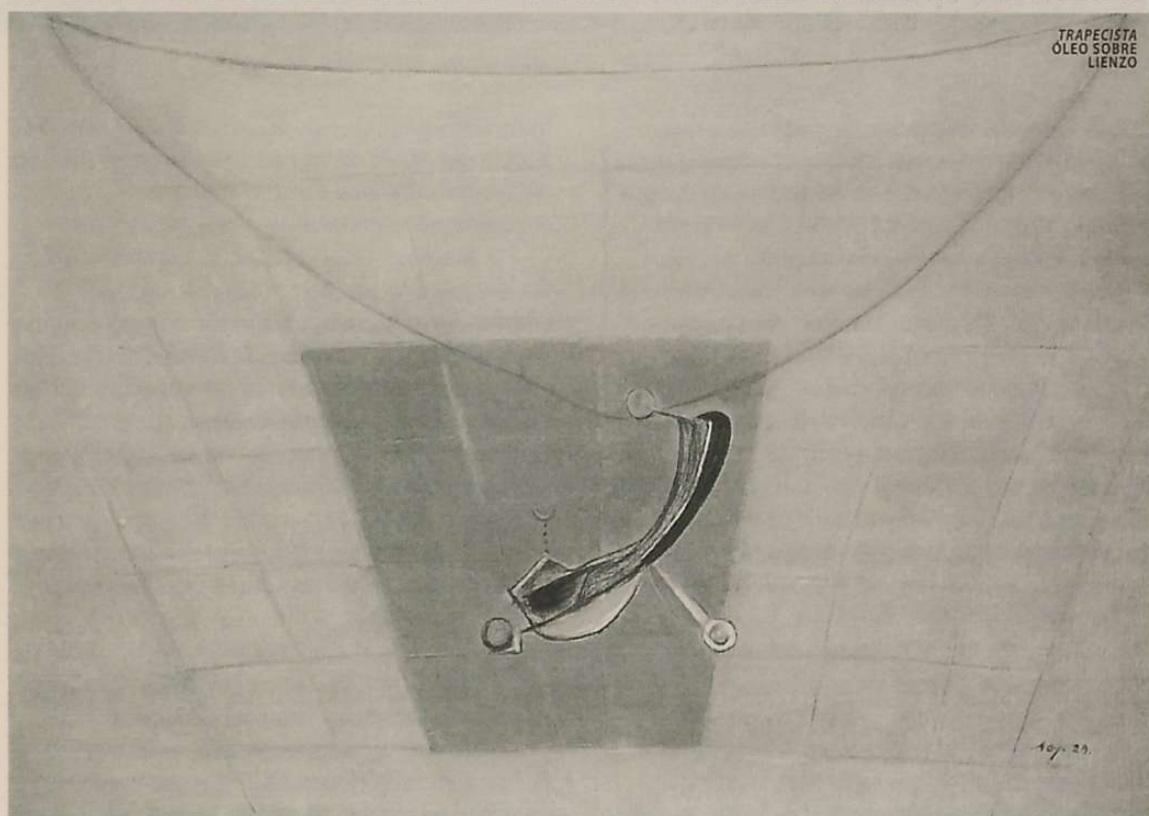
Con los años, mi entusiasmo por el jazz, por W. Faulkner y el coñac de solera, fue creciendo parejo al deleite que me proporcionaban los largos recorridos sin rumbo ni horario. Una tarde en que las ansias de paz me desbordaron, tomé un camino de tierra y polvo que serpenteaba hasta el mar. Entre el zumbido de las moscas y el silabeo de mis canciones, en unas horas de dulce caminata me presenté en un lugar desconocido, inédito, paradisíaco. Me recibieron unas increíbles palmeras de varios metros de altura, detrás de las cuales, se extendía una playa agreste y desierta, de rocas filosas, de arenas pardas y compactas, como de barro.

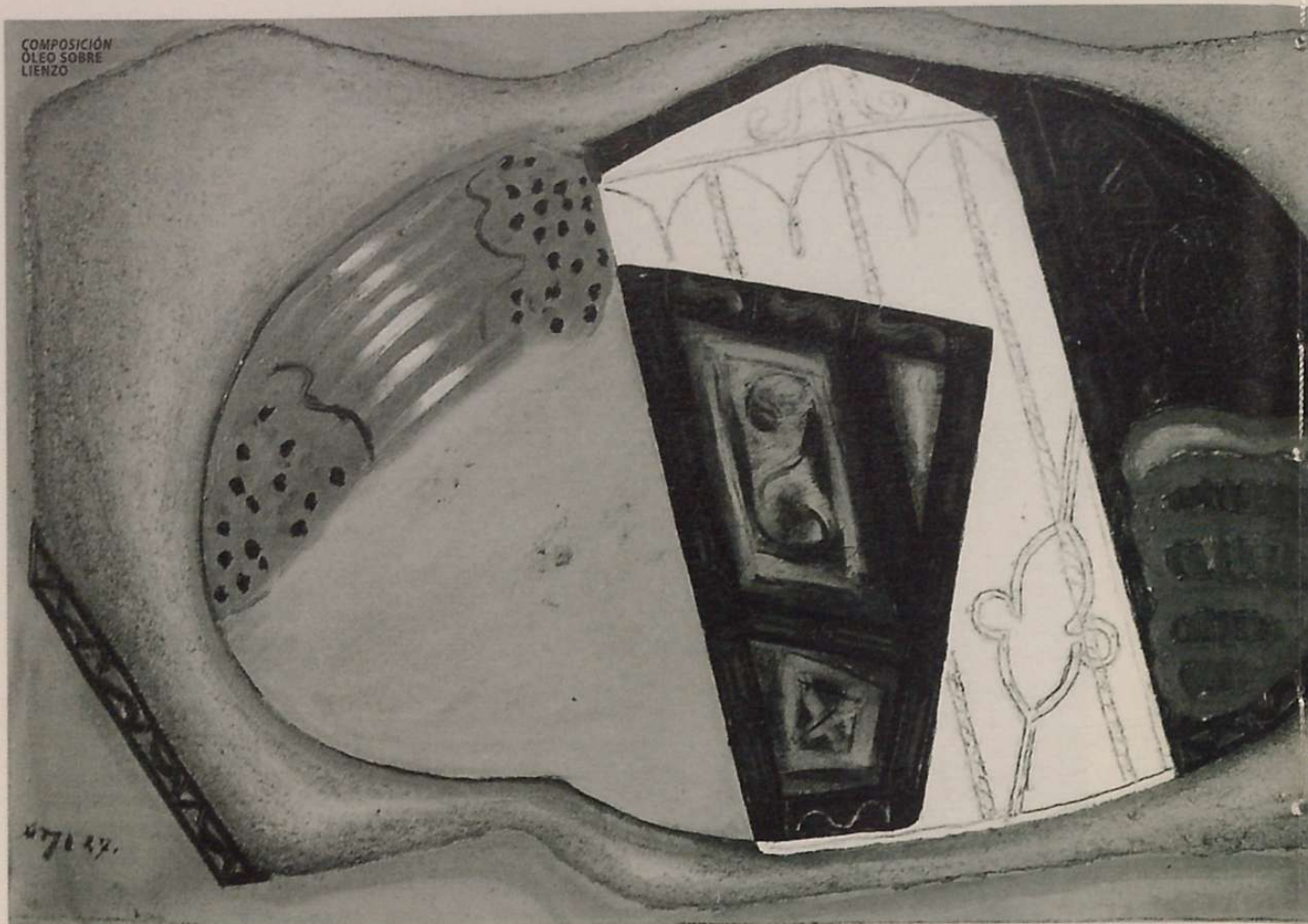
Al principio me desconcertó el dislate de la soledad. Después me conformé pensando que por tratarse de un desvarío, de una ilusión, nada era lo que los ojos veían, quizás el ronroneo de la locura que estaba próxima a venir, o tal vez el jugueteo cómplice de una balumba de espejos.

Mirando desde la orilla, observé el lejano horizonte inagotable, con un sol moribundo a punto de perderse. Crecía al oeste la estela de un balandro. Al este, un malecón de brumas junto a una bandada de gaviotas verdes. Probé a numerarlas, una a una, sin otra intención que la de pasar el rato; en la ciento diecinueve, trenzaron un dibujo en el aire, hilvanaron un adiós y desaparecieron.

Así es que emprendí la marcha.

Yo iba descalzo con las botas colgadas al cuello, embelesado, encandilado, distraído con mis





hazañas imaginarias, cuando de pronto, algo que brotaba de la arena -un resplandor inhumano, sobrenatural- me implantó en la realidad. Me acerqué despacio, titubeante, con las pupilas fijas en aquel punto insólito. Por su aspecto deduje que era algo ajeno a la materia, incluso a los seres vivos. Cuando al fin lo tuve entre las manos, reconocí efectivamente su indefinición: un contorno vagamente circular, un brillo abrasador, textura y densidad, las del mercurio. Recuerdo que pensé: "No existirán monedas líquidas, pero en mi mano cabe una".

Yo, que hasta entonces me había sentido el *robinson crusoe* del lugar, oí que decían a mis espaldas:

"Eso que has hurtado a la arena se denomina, un infinito de luz".

Admito que me asusté. Por averiguar quién hablaba de ese modo giré sobre los talones y aunque no le había visto nunca, supe de

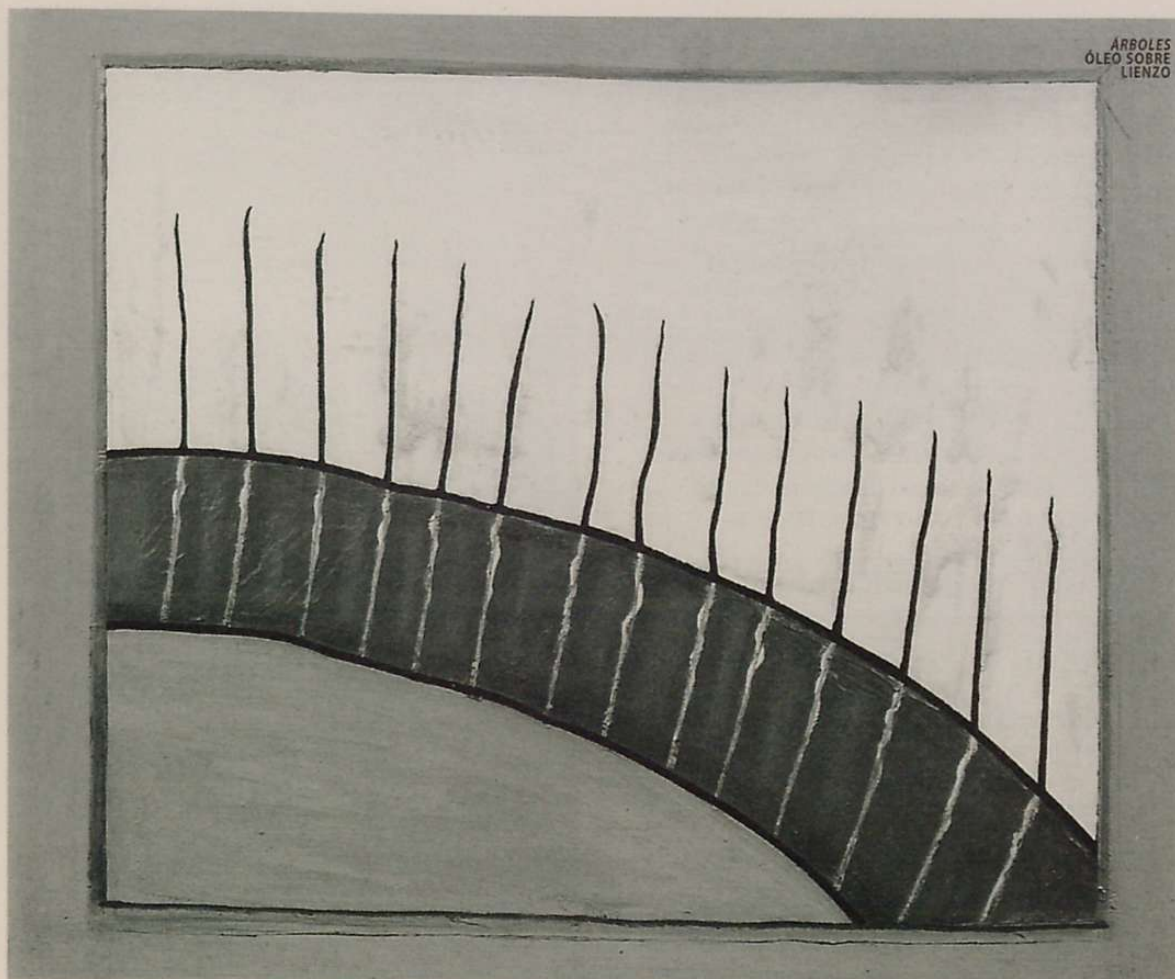
inmediato el nombre de aquel ser de voz serena y oscura que venía de las rocas. Se llamaba Alfonso, de apellido, Olivares. Y era de Hernani.

A sus prístinas palabras, el hombre añadió:

"Te aseguro que lo que acabas de recoger y ahora escondes en la mano, lo devolverás cuando yo me vaya. Pertenece al terreno inabarcable del tiempo, y aunque pienses lo contrario, no es producto de tu imaginación o de la sinrazón de los sueños".

Acto seguido, esbozando una sonrisa, me tomó del brazo y nos pusimos a caminar como viejos camaradas.

Nunca le vi la cara, pero sé que olía a viejo. Su rostro pertenecía a las tinieblas que un sombrero negro de ala ancha proyectaba en él. Recuerdo que iba envuelto en un gabán gris oscuro que le llegaba hasta los pies. Portaba un



libro en la mano y al cuello, una bufanda mostaza de abundantes flecos.

De qué quieres que hablemos, le pregunté.

La respuesta fue inmediata: "Mis paisanos me ignoran. Acaso sea tarde para que se fijen en mí y probablemente no merezca siquiera un minuto de su atención pero verás, hace tiempo que no me relaciono con nadie y menos con un hernaniarra. Me gustaría dirigirme a los hombres y mujeres de mi ciudad, a todos, a los jóvenes y a los viejos, a los que dormitan en el lecho de la nostalgia y a los que se inician en el camino de la vida".

El tono de su voz era tan agradable como el énfasis que ponía al hablar.

"Las lecciones se aprenden demasiado tarde" confesó con tristeza. "Ahí tenemos al más insigne de cuantos caballeros poblaron estas tierras, Don Quijote de la Mancha, la criatura de

Cervantes. ¿Quién no se ha sentido alguna vez en la vida, reflejo de tan célebre personaje? Mentiría si dijera que yo no caí en semejante espejismo".

"Explíquese don Alfonso, a dónde quiere ir a parar".

Esta vez su réplica vino precedida por el nudo de la nostalgia envuelto en un largo silencio. Con un gesto se limitó a señalar un peñasco enano que guardaba la apariencia de cualquier roedor. Allí fue a sentarse, con la cabeza gacha y su libro en el regazo. Yo me quedé de pie frente a él, en silencio, expectante, sin que mi mano, oculta en el bolsillo trasero del pantalón, se cansara de frotar una y otra vez, aquel curioso objeto nacido de la arena: mi "moneda líquida".

De pronto dijo:

"Yo fui artista. En concreto, pintor. Me trasladé a París en 1923 con 25 años. ¿Te

imaginas?. A esa edad la obligación de un joven es comerse el mundo. Allí conocí a los grandes de la época: Picasso, Juan Gris, Oscar Domínguez, Gargallo, María Blanchard y tantos otros. Entablé amistad con muchos de ellos, incluso adquirí algunas de sus obras. Para que te hagas idea de lo que se cocía por aquellos años en París, te diré que, por ejemplo, el célebre cuadro de Picasso "Les Femmes d'Alger" (O. J.), había cumplido veinte años. Es curioso pero el cubismo no estaba ya de moda. El nombre de André Breton se empezaba a oír en los mentideros del arte. Una nueva corriente se nos venía encima. Era el Surrealismo. Meses después de mi llegada, este hombre, André Breton, publica con la colaboración de ilustres figuras tales como Max Ernst, Jean Arp, su famoso Manifiesto".

"Perdóneme don Alfonso, le interrumpí., ¿por qué se refirió antes al Quijote?"

"Paciencia joven, paciencia. Me entenderás mejor conforme relate mi corta vida, dijo, pero siéntate conmigo, no te quedes ahí de pie como un Tancredo".

Hacía un buen rato que el sol se había desvanecido tras el malecón. Alertada a su paso por el filo de las rocas, la suave brisa dejó de ofrecer caricias: erizaba la piel. Me senté a su diestra y mientras me ponía las botas, él siguió hablando, imperturbable.

"Lo cierto es que hasta los 19 años viví en Hernani. Supongo que cuando nos trasladamos a Madrid y comencé los estudios de Derecho, mis padres ya veían en mí a un futuro Embajador, ¡nada menos! Incluso al acabar la carrera, gestionaron mi ingreso en la Escuela Diplomática... Pero ellos sabían que mi vocación en realidad era otra y que sin el Arte, yo no sería feliz. Tal vez por eso, estando aún en Madrid, aceptaron de buen grado que tomara clases de pintura con un hombre que, a la postre, resultó ser mi primer maestro, López de Mezquita, un artista tradicional. Recuerdo una tarde en su estudio, que me atreví a decirle: "Yo no sé lo que está pasando allí en París, pero aquí estamos perdiendo el tiempo". Y es cuando abandoné definitivamente los estudios y me fui.

En aquella época la ciudad del Sena reunía a la flor y nata del arte de vanguardia. Fueron innumerables las exposiciones que llegué a ver, visitaba los talleres de amigos y conocidos y entre



DECORACIÓN DE
INTERIORES:
SALÓN DE LA OFICINA EN
PARÍS DE 'LA NACIÓN' DE
BUENOS AIRES.



todos, nos echábamos una mano. Por mi parte, trabajé mucho en el terreno práctico y también en el teórico. Fue una época dichosa, fructífera, diría yo, y al mismo tiempo, una época cargada de titubeos, de pesimismos pasajeros, de sueños y espejismos; a veces te desmoronabas envuelto en la sospecha de que perdías el tiempo, que tu obra no sería válida y sin embargo, al día siguiente te imaginabas en el lienzo que acababas de firmar, el punto de partida de una nueva forma de expresión”.

“¿Y en qué movimiento se podría encuadrar el tipo de pintura que realizaba usted?”, se me ocurrió preguntar.

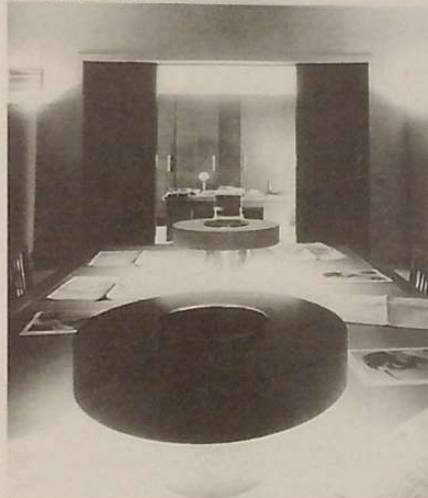
“Lo que entonces no era más que un hervidero de nuevas ideas, un amasijo de experimentos disparatados, en los que se mezclaban y convivían lo genial con lo mediocre, es hoy un asunto de enciclopedia. Me explicaré. Con el paso del tiempo, el cedazo de la Historia viene a colocar a cada uno en su lugar; el tiempo ordena y clasifica, bautiza y nombra, a unos los eleva a los altares de la santidad y a otros los hunde en los fangos del olvido pagando, eso sí, el peaje de la simplificación. No sé si me expreso. Con todo esto quiero decirte que yo en aquellos años era inconsciente de que andaba inmerso en el Surrealismo. Se ha dicho de mí que artistas como Max Ernst, Miró, André Masson o Hans Arp, influyeron en mi obra. Mi pintura, es cierto, coqueteó con los postulados del Surrealismo y reconozco, efectivamente, la influencia de estos y otros artistas más, pero me considero más “abstracto” que todos ellos. Comprendo que no es sencillo hablar de estos temas sin la ayuda de los ejemplos, por eso he traído este libro escrito por mí. Se publicó en Madrid en el año 1934. Verás que se titula “Arte Moderno” y en él expongo mis ideas acerca del Surrealismo y de la importancia que concedo a la imaginación y a la libertad, como únicos impulsores de un arte nuevo. Hubo además otro libro que di en llamarlo “Las escuelas españolas de Pintura”. Apareció en el 36, el año de mi muerte. Era un esquema sinóptico de la evolución de nuestra pintura desde el siglo XIV hasta Goya”.

Había anochecido. El remusgo y la oscuridad crepitaban como voraces langostas. Tomé el ejemplar que mi amigo, con gesto solemne, me tendía. Lo abrí emocionado por la primera página pero la falta de luz frustraba mis intenciones, mi creciente curiosidad.





DECORACIÓN DE INTERIORES:
MESA DE LECTURA DE LA OFICINA EN PARÍS
DE 'LA NACIÓN', DE BUENOS AIRES.



"Si quieres hojearlo te sugiero que utilices aquello que no es tuyo."

Acepté su consejo. Con mi "moneda líquida" en las manos, recobré la luz y con ella, se hizo un nuevo día. Los cielos y las tierras se iluminaron con un sol furioso, el ancho mar adquirió sus habituales tonos verduscos, las olas rugieron sus espumas blancas y el malecón de piedra se veía nítido y real con sus gaviotas alrededor.

Me puse a observar el libro, detenidamente. Intercaladas en el texto, fueron apareciendo diversas reproducciones. Me sorprendieron sobremanera las decoraciones hechas en 1929 para la sede del diario argentino "La Nación", así como diversos retratos y los cuadros que formaban parte de su colección particular: Picasso, Juan Gris, Moreno Villa. Entendí que su obra destilaba una fina sensibilidad y cuanto más me llenaba de sus formas, mayor desazón sentía. Juzgaba imperdonable el desconocimiento, el olvido de una figura de semejante talla. Vino a mi memoria la reseña de una exposición suya en el Museo de Arte Reina Sofía en Madrid, reciente. Y alguna otra, como en el año 1976, cuando la Dirección General de Bellas Artes, rescató parte de su trabajo con otra muestra. Pero poco más.

Pasaron las horas y yo andaba aún enfrascado en estos pensamientos. Las huellas de sus pisadas permanecían intactas en la arena. Mi amigo Alfonso, don Alfonso Olivares, me había abandonado. Desapareció súbitamente, sin alharacas, en silencio, del mismo modo en que se ausentó de esta vida en el año 36, por culpa de un accidente de caza.

En mis manos quedó su libro abierto, no sé si por descuido o con toda la intención. Lo malo es que a las dos de la tarde, según marcaba mi reloj, comenzó a anochecer. Busqué a tientas, aprovechando las últimas luces, mi moneda fantástica. Pero el sol se perdía por el horizonte, irremediablemente. ♦

NOTA: cualquier persona interesada en profundizar en la vida y obra de Alfonso de Olivares, puede acudir a la Biblioteca Municipal donde encontrará una publicación monográfica sobre el tema.